

EL SISTEMA DEL PÁJARO

**Colombia, paramilitarismo
y conflicto social**

GUIDO PICCOLI



Publicaciones ILSA

ISBN colección: 958-9262-28-7

ISBN este número: 958-

Título original: *Colombia, il paese dell'eccesso*

1ª Edición: Italia, 2003.

1ª Edición en español: *El sistema del pájaro. Colombia, laboratorio de barbarie*

Ediciones Tlalaparta s.l., febrero de 2004

Traducción: José María Pérez Bustero

2ª Edición en español

Diseño y producción: Publicaciones ILSA

Fotografías de cubierta: Archivo *El Tiempo*,

Impresión: Ediciones Antropos

Bogotá, Colombia, abril de 2005

© Guido Piccoli

© 2ª Edición en español: Instituto Latinoamericano de Servicios Legales Alternativos, ILSA

Calle 38 No. 16-45. Teléfonos: (571) 2455955, 2884772, 2884437, 2880416

Página web: www.ilsa.org.co

Correo electrónico: ilsa@epm.net.co

*“...le han disparado. ¿Habéis sentido también vosotros
que estabais durmiendo?”*

Mahmoud Darwish

A Mari Cruz Telleria y Felipe Eguiluz
y a Simonetta Boranga y Sisto Turra
que han perdido en Colombia
a Iñigo y a Giacomo

Contenido

11	PRÓLOGO	
15	YAIR Y PABLO	1
31	LA ÚLTIMA CORRIDA	2
43	EL AGUJERO NEGRO	3
55	LA OBSESIÓN DEL AGUA	4
71	LOS BENEFICIOS DE LA MÁSCARA	5
83	SANGRE Y COCA	6
99	LOS SILENCIADORES OFICIALES	7
113	LA LEY DE LA MOTOSIERRA	8
129	LOS MALOS DE LA PELÍCULA	9
145	EL TERROR DE LA PAZ	10

165	LOS CABALLEROS DE LA LLAMA OXHÍDRICA	11
185	EL MONSTRUO BUENO	12
205	UN FUTURO SIN SALIDA	13
213	CASARSE, POR FIN	14
225	LOS MISMOS CON LAS MISMAS	15
233	CRONOLOGÍA	
237	BIBLIOGRAFÍA	

Prólogo

El mundo es cada vez más injusto. Crecen las diferencias entre países ricos y países pobres, y entre pobres y ricos en cada país. No es ideología. Lo dicen todos.

Sin embargo, los países ricos que lo dominan pretenden, creen, o fingen instalar la democracia en todas partes. Pero la democracia no puede convivir con la injusticia. Con la auténtica no, por lo menos. ¿Qué hacer entonces?

Este libro presenta un sistema para resolver esa contradicción. Eficaz, moderno, refinado y, como todos los sistemas, en modo alguno casual. Colombia, donde este sistema ha sido experimentado con mayor tesón y éxito, sirve de cobaya al resto del mundo. Un laboratorio del mundo globalizado, escandalosamente injusto pero “democrático”.

El sistema ha demostrado que funciona respetando, por lo menos formalmente, las reglas de la democracia representativa y del Estado social de derecho. Aunque Colombia es considerada generalmente como una democracia representativa, con un Estado social de derecho, tiene, sin embargo, sus peros.

En Colombia se vota, incluso con frecuencia, y son legales los partidos de cualquier ideología, incluido el comunista. Pero los partidos tienen asegurada su existencia solamente mientras no atacan los privilegios, no desgarran, no denuncian el sistema. A la Unión Patriótica (UP), que se ha atrevido a hacerlo, le ha sido aplicado este sistema sin piedad.

Ha sido exterminada. Eso sí, discretamente, a cuentagotas, al ritmo de un muerto cada 19 horas durante 7 años, hasta la extinción completa. Hechos los cálculos se llega, muerto arriba o abajo, a 3.200 asesinados entre diputados, concejales municipales, dirigentes y simples militantes en un exterminio que sigue completándose: en los primeros dos años del gobierno Uribe 71 sobrevivientes han sido asesinados y otros 30 han sido “desaparecidos”. Alguien ha tenido el valor en Colombia de atribuir su desaparición a la caída del muro de Berlín. En Europa, por el contrario, el dirigente de un partido de izquierda ha imputado “errores políticos” a la UP. ¡Como para no cometerlos, con un muerto cada 19 horas!

Las libertades están garantizadas en Colombia. La de una información libre e independiente, por ejemplo. Aparentemente, todos los periodistas pueden expresar lo que deseen. Alguno como Antonio Caballero, famoso y citado en más de una ocasión en este libro, hasta puede permitirse denunciar sarcásticamente el terrorismo de Estado. El semanario en que escribe es leído solamente por ricos. Su precio equivale a una jornada de salario mínimo. Quien haga la crónica en una de las tres o cuatro grandes ciudades del país puede escribir de todo, con tal de no profundizar demasiado en sus indagaciones sobre asuntos sucios, ni herir ciertas sensibilidades. Si lo hace, le llamarán por teléfono durante la noche. Una voz, que puede ser incluso educada, le recordará el camino que recorren sus hijos para ir al colegio. Si uno vive lejos, tiene que estar más atento. No hace falta mucho para desaparecer, o para acabar en una zanja con una bala en la cabeza. Así se explica que Colombia detente desde hace años el récord mundial de periodistas asesinados.

En todo caso, hay quienes se encuentran en peor situación. Los sindicalistas, por ejemplo. Todo es normal, aparentemente. Existe el derecho a organizarse y a hacer huelgas, hay convenios colectivos, un ministro de Trabajo. Pero si uno insiste en sus protestas y reivindicaciones, es eliminado. Simplemente. El sistema se aplica indistintamente a los enfermeros del hospital público San Juan de Dios de Bogotá, sin sueldo desde hace tres años, a los obreros petroleros de Barranca, a los braceros de las plantaciones de los latifundistas que trabajan para Del Monte, a los cocaleros que venden la coca a los emisarios de los narcos, a los maestros que luchan contra el desmantelamiento de la escuela pública, y a los habitantes de cualquier barrio que exigen agua, tendido eléctrico, alcantarillado o carreteras. En todos los casos se aplica una especie de manual. Inicialmente se los ignora en lo posible, luego se intenta asustarlos con la policía o el ejército. Si resisten, se acepta negociar y se les hacen promesas y compromisos que se pudrirán en los papeles. En el caso de que reanuden

las protestas, se les comienza a acusar –si no lo han hecho para entonces– de respaldar a la guerrilla. Luego se va por los líderes, uno tras otro. “Cuando los empresarios ven que un empleado se prepara y tiene condiciones para discutir con ellos, es hombre muerto”, referían los trabajadores de las bananeras. De esa manera fueron asesinados, por ejemplo, 23 delegados de los 27 que pertenecían al movimiento de los cocaleros, que bloquearon en 1996 las regiones del sur para protestar contra las fumigaciones. Desde hace décadas son diezmados los directivos sindicales de los sectores de riesgo. Así, según la Conferencia Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOLS) en 2002, de los 312 sindicalistas asesinados en el mundo entero, 280 lo fueron tan solo en Colombia.

La lista podría continuar con los activistas de los derechos humanos, los abogados de los opositores políticos, los jueces que se atienen a las leyes, los moralistas, los honestos, los entrometidos... Podríamos citar luego a los ladrones de caminos, a los vagabundos, las prostitutas, los enfermos mentales... a todos los expuestos al sistema.

Evidentemente, la aplicación del sistema requiere un mecanismo engrasado y una red de ejecutores amplia y extendida por el territorio nacional. No existe ninguno tan poderoso, estructurado y manifiesto en país alguno como en Colombia, ni ha obtenido en parte alguna una aceptación social tan extensa.

Este libro recorre el fenómeno de la privatización del empleo de la fuerza y la degradación paralela del Estado. Cuenta las hazañas de los guerreros privados, desde pájaros como el Cóndor, o el Vampiro, el Negro Vladimir y King Kong, hasta el italiano Salvatore Mancuso, el narco “para” don Berna, o los capos de los capos, Fidel y Carlos Castaño. También habla de sus empresarios, los políticos y estrategas que han diseñado y aprobado el sistema sin ensuciarse las manos, como los presidentes Kennedy y Uribe, los ministros y los oligarcas colombianos. Y de quienes se las ensucian a menudo: generales, coroneles, tenientes y capitanes.

Este libro también habla de droga y de guerrilla. Alguien objetará que habla poco. Desde hace muchos años se fomenta la creencia de que la barbarie colombiana depende de la droga, y se vende la idea de que se acabaría con ella si fuera eliminada la guerrilla. Por más que Göbbels dijera que una mentira repetida cien veces se convierte en realidad, estas afirmaciones siguen siendo mentira aunque se repitan cien y hasta un millón de veces. La barbarie, como la guerrilla, nace y depende de la injusticia, obscena y creciente, que no puede ser defendida por una pantomima de democracia. Si el narcotráfico terminara por arte de magia, y fuera derrotada

la guerrilla por un milagro, todo continuaría como antes. La guerra utilizaría otros recursos para seguir adelante, y la miseria y el despotismo producirían otras guerrillas.

El sistema no hace milagros, por muy eficaz y moderno que sea. Solamente llena cementerios y fosas comunes.